

Presentación de Lupe Cajías

3

Valentina, historia de una rebeldía
Biblioteca Luis Angel Arango
Bogotá, 4 de mayo de 1999-05-03

La integración a través de la creación y de las miradas a los ríos profundos en cada uno de nuestros países, en sin duda, la mejor forma para sembrar paz y latinoamericanos más hermanos.

Gracias a la biblioteca Luis Angel Arango, templo sagrado del conocimiento y referencia de la Colombia más digna.

El libro tiene múltiples motivaciones, la mayoría de las cuales no reconocí conscientemente hasta que las entrevistas de compañeros periodistas, los comentarios y las ventas, me ayudaron a sistematizar algunas ideas casi intuitivas que manejé al momento de escribir sobre Valentina.

Debo confesar que salió otra cosa que la receta pensada, pero que es un producto que ha vuelto a confirmarme en mi espacio vital: Contar historias, a veces como periodista, a veces como historiadora, a veces como contaban las madres en las cocinas.

Volví a confirmar que los tules que dividen realidad de ficción son en países como los nuestros una imposición.

Formada en una familia de historiadores, escuché desde temprano en las sobremesas vespertinas esos cuentos que parecían leyendas para asustar a los niños; de unos mineros malvados que venían a violar a las muchachas; de un presidente colgado y de una turba enloquecida; de un trueno de lluvia en medio del cielo azul y tranquilo; de unos indios que se entraban a la finca; de unas mujeres mestizas -las despreciadas birlochas- que salían con sus dinamitas; de unos cholos que patrullaban nuestro parque querido con sus fusiles al hombro, con sus botas sucias.

A veces las historias eran más cercanas porque golpeaban la puerta; porque la abuela salía de puntas y cuchicheaba sonidos, palabras, suspiros, y nos enterábamos que habían llegado los milicianos a llevarse a alguno de los tíos. Nos metían a los diez hermanos en un solo cuarto y quedábamos espantados hasta que pasaban los ruidos, adivinábamos susurros, llantos contenidos hasta que alguien decía: «-Niños vuelvan a la cama». Al día siguiente ninguno de los mayores nos decía nada y los chicos creíamos que habíamos vivido un sueño colectivo. Sólo que faltaba el tío Alfonso, un falangista, en la mesa del domingo y después faltaba el tío Jorge y la abuela no decía nada, metida en la cocina. Pero mi madre protestaba contra los cholos, las barzolas, las huestes que bajaron de las laderas el 9 de abril de 1952 y se llevaron de un soplido su vida tranquila, la historia de su familia, la misa de las once, las empleadas sumisas.

De aquellas noches largas, sin televisión y muchas veces también sin luz, data mi primera inquietud para conocer más y más las cosas del 52. ¿Cómo pudieron esos sucios indios y sus hembras ganar a mis tíos? ¿Cómo pudieron tomar mi parque de árboles y bancos tranquilos? ¿Cómo eran tan atrevidos de meterse en los cerros que eran nuestros cerros para jugar a las escondidas? El 52 y el presidente colgado, los mineros y los milicianos, las barzolas y las del comando de la zona me han perseguido siempre. Sólo que de diferentes maneras, porque más grande -estudiante, universitaria- conocí otras versiones, otras historias y conocí también otras gentes. Me contaron de otros perseguidos, de los que a ellos les hacían mis tíos, de los indios sin tierra, de los mineros sin agua, de los otros niños sin plaza ni bancos tranquilos, sin árboles, sin fuentes de neptuno.

Comprendí que mis parientes eran mis parientes, la historia era la historia y la justicia estaba coja.

Años después, buscando más datos, me quedé con la sensación de que pese a su importancia, el 52 no había producido investigaciones independientes y tampoco literatura, poesía ni películas, como había sucedido con otro hecho fundamental, la guerra del Chaco.

Esta es una preocupación central, subterránea en el libro. Al parecer existen hechos históricos tan intensos que por sí solos absorben todo. Pregunté a los protagonistas de uno y otro lado. Unos me dijeron que los que ganaron el 52 no sabían escribir y que los vencidos no podían salir de su asombro. Otros creen que fue demasiado corto el tiempo para tanto cambio. Tres días enterraron un estado y crearon uno nuevo, demasiado rápido para sentarse a reflexionar y crear algo literario.

Un momento intenso, en el cual todas las pasiones se desbordaron, la fe infinita en una revolución, la decisión de matar o morir, los amores fecundos, los odios inmensos, las lealtades, las traiciones.

Recién hace un año, una segunda generación ha comenzado a echar cuentos y películas para recordar a ese abril revolucionario.

Por otra parte, también me persiguió el barrio, tanto que nunca pude liberarme de él, salvo en el exterior. He circulado entre la plaza España, el Montículo y los rincones de Sopocachi. He enterrado a mis padres, he visto nacer a mis hijos.

He visto cubrirse el cielo con edificios, dejar sin sol a la plaza, la basura, la inmundicia, la huida de los antiguos vecinos y todo el estropicio, lejos quedó el Sopocachi de principios de siglo, con sus solares hacia las montañas, sus jardines y su vista al Illimani, símbolo de la época de esplendor de La Paz y hoy símbolo de una nueva decadencia.

He visto aquella casa de la esquina siempre cerrada, misteriosa, donde los adolescentes curiosos percibíamos apenas una sombra detrás de los cristales brumosos. Una sola vez vi salir a un viejo decrepito, apoyado en un bastón, un mayordomo lo subió a un carro y lo llevó al montículo, y lo sentó en la barda que da a la plaza y él quedó en silencio durante toda la larga mañana.

También tenía la idea de contar historias que acumule en entrevistas a mujeres de las villas. Aprendí al escucharlas que la realidad es más imposible que la ficción. No eran personajes épicos sino pequeñas personas con una calidad colectiva. No interesaban tanto sus aspectos psicológicos como sus muchas versiones de los sucesos. No había una verdad sino sólo aproximaciones. Guardaban en su memoria fragmentos, a veces solo ilusiones, fantasías y cicatrices. De estas mujeres combativas, no feministas, se han ocupado algunos sociólogos pero ninguna obra literaria.

A partir de esas imágenes de seres humanos, de la casa amurallada, de mi barrio y de los recuerdos del sexenio y del 52 se armó esta novela.

Una obra que habla de la revolución violenta y del acto más revolucionario, del amor feliz porque parece imposible lograrlo.

Comprendí mientras escribía que no era una novela clásica, una de mosqueteros o de Anas Kareninas, sino un simple relato de seres pequeños, de soldaditos y de guerreras que ya nadie recuerda, comprendí que no creo más en el novelista omnipotente, simplemente da un soplo y es el libro el que agarra vuelo propio.

Quiero compartir con ustedes esta experiencia, esta búsqueda aunque ello me desnude un poco.

Gracias por aceptar esta invitación de mi Valentina, gracias.

LUPE CAJIAS. (1956-La Paz). Periodista, historiadora y escritora. Recibió el Premio «ERICH GUTTENTAR» por su novela Valentina.



el cuerneco

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR:

Luis Urquleta Mollada

CONSEJO EDITOR:

Alberto Guerra Gutiérrez

Edwin Guzmán Ortiz

Benjamín Chávez Camacho

Erasmo Zarzuela C.

COORDINACION:

Julla Guadalupe García Ortega.

Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura